



VETILIO ALFAU DURAN Y EL DATO VERDADERO

Por Héctor Pérez Reyes

A Vetilio Alfau Durán lo escuché personalmente en dos ocasiones, para mí memorables. La primera vez fue una tarde plomiza de esos días lluviosos de mayo de 1952, cuando ante un jurado compuesto por los queridos profesores Froilán Tavárez, Peña-Batlle y Francisco Hernández, presentó su tesis para el doctorado en Derecho en la Universidad. Durante más de dos horas, aquellos catedráticos y los numerosos alumnos y recién graduados que permanecemos en el aula, como arrobados, escuchamos la voz casi silenciosa de este ya consagrado historiador, decir datos y argumentos como salidos de una pura fuente inagotable para explicar “El Derecho de Patronato en la República Dominicana”.

La precisión de su trabajo, y sobre todo, de sus conclusiones gravitó con tal fuerza en los criterios de los especialistas, que sus argumentos fueron tenidos en cuenta al formularse el Concordato de 1954, a los fines de restaurar el derecho del Estado Dominicano a opinar en caso de designaciones de arzobispos, obispos resi-

denciales y coadjutores, así como para preservar el carácter civil de nuestras instituciones.

Recuerdo que al salir del aula Peña-Batlle señaló: Vetilio Alfau Durán honra a la Universidad. El “sobresaliente” fue unánime. ¡Qué formidable ensayo!

La segunda vez fue en el parque Colón, una primanochec de los días finales del año 1959. Se sentían las brisas navideñas y nos acercamos a él Franklin Mieses Burgos y yo, y su voz queda —a veces ahogada por el rugido de los carros que transitaban por el callejón que entonces dividía la Catedral del parque— fue narrando datos, hechos y anécdotas de Meriño y del Padre Billini con esa identificación de que habla Carr cuando dice:

No se puede hacer historia, si el historiador no llega a establecer algún contacto con la mente de aquéllos sobre los que escribe.

Y Vetilio Alfau Durán logró esto a plenitud. En su trabajo historiográfico el dato preciso tenía calor humano, verdad humana. Hasta en las notas, apostillas y notículas —nombres enarbolados por su humildad— que tanto utilizó en su generoso quehacer, se siente esa identificación entre el dato y el rememorador, entre el hecho y quien lo narra para que sea un estímulo vivo del pasado y una orientación en el devenir.

Alfau Durán acaba de morir. El ojo siempre abierto que utilizó para estudiar nuestra historia, se ha cerrado para siempre. Pero quedará también para siempre, como lo señaló Goico Castro en el panegírico, la luminosidad de su trabajo, la honestidad de su tarea ilesa de sectarismos y sólo apegada a la verdad de los hechos y a la verdad interior de sus descubrimientos.

Al conocer de su muerte, disfruté al revisar de nuevo las notas necrológicas que escribió con generoso cuidado acerca de Manuel Ubaldo Gómez, de Américo Lugo, de Julio Ortega Frier, de Gilberto Sánchez Lustrino, de Francois F. Sevez, de Emiliano Tejera Bonetti, de



Vicente Tolentino Rojas, de Manuel de Jesús Troncoso de la Concha y de Pedro L. Vergés Vidal. Se percibe en esas notas todo el amor que sintió por quienes amaban a la historia del país.

Y ese amor le rodea hoy en el silencio de su tumba y emana de su propio nombre y del recuerdo de su humilde voz, casi silenciosa, pero fuerte para cimentar lo verdadero de la historia.

El mejor homenaje que podría rendirse a este maestro, es que la Academia de la Historia reúna en un volumen sus "Documentos Históricos" y todas sus notas, apostillas y notículas, tan iluminantes, tan precisas, tan llenas de detalles amorosos y tan orientadoras.

Y al mismo tiempo, que la misma Academia, o talvez la Oficina Nacional de Administración y Personal reúna su densa y rica aportación al ensayo y a la investigación históricos de la República, dispersa en ediciones del Listín Diario, Clío y el Boletín del Archivo General de la Nación. Reunir, por ejemplo, sus ensayos: "Partida de Defunción y lápida sepulcral del Arzobispo Alvarez de Abreu", "Presidentes de la República Dominicana, 1844-1952", "Noticias Bibliográficas sobre Javier Angulo Guridi", "Historia de las Banderas", "Bahoruco-Baurucu o Baoruco?", "Cincuentenario de la muerte de Betances", "Apuntes para la Bibliografía Poética Dominicana", "El Padre Billini — Apuntes para su biografía", "Simón Bolívar y el Santuario de Higüey", "Apuntes para la Historia Constitucional Dominicana - La elección presidencial de Bordas", "Duarte como Poeta". "Guarocuya y Enriquillo", "El General Gándara y los rehenes de 1865", "La Conducta de Galván", "El general Pedro Guillermo", "Para la Biografía de Gaspar Hernández", "Hostos, la palabra del presidente del Congreso Nacional y el negado voto de gracia", "Rectificaciones Históricas - Humbolt no estuvo nunca en Santo Domingo", "Apuntaciones en torno al 27 de



Febrero de 1844", "En torno a la Trinitaria ¿Cuál fue el número de sus miembros fundadores?", "El Primer libro de versos publicado por un dominicano", "Martí y Santo Domingo", "Duarte y Martínez de León", "Centenario de la Matrícula de Segovia, inicio del intervencionismo en Santo Domingo", "Un Prócer olvidado Ricardo Ramón Miura", "Centenario del Historiador y Geógrafo Don Casimiro Nemencio de Moya", "El Poeta Rafael Pérez, sus últimos escritos", "En torno a Duarte y su idea de la unidad de las razas", "Los hermanos Puello - Contribución a su estudio", "José Nepomuceno Ravelo", "Socorro Sánchez como educadora", "Una carta de Santana", "Apolinar Tejera, apunte bibliográfico", "Tirso de Molina, rectificaciones históricas", "Weyler en Santo Domingo" y "Juan Bautista Zafra, apuntes para su biografía".

Señalamos estos títulos como una orientación y de modo enunciativo de todo cuanto podría compilarse para apreciar, en su justa medida, el extraordinario aporte interpretativo de nuestra historia que nos ha legado Vetilio Alfau Durán.

Su fallecimiento produce pena. Es cierto, porque él fue un gran ciudadano y un intelectual ilustre. Pero también produce alegría, porque el morir es irremediable y constituye un regocijo saber que en el caso de Vetilio Alfau Durán ha sido un tránsito a la gloria de Dios. Lo afirmamos, pues anduvo por el mundo seguro de que Cristo era el camino, y en ese tránsito sólo vivió para servir a sus familiares, a sus amigos y a su patria.

